



EL POMBO

un grotesco tropical

Por Daniel Samper Pizano
Fotografía por Lalo Borja

Lo primero que se le ocurre a uno es que los cuadros de Diego Pombo son tataranietos de esos que dejó el Bosco —de puro vergajo, uno diría— para aguarles el día a los turistas que visitan el Museo del Prado. El Bosco y el Pombo son ramas del mismo tronco. Lo son también, aunque portando en la garra pluma, y no pincel, nuestro padre Quevedo y el desmesurado Rabelais. Todos ellos, a primera vista, pretenden reírse y hacernos reír, pero su sonrisa es tan inquietante como la de una boca desdentada.

El Pombo es un heredero trasnochado y tropical del Bosco. Ambos han logrado la perversa cualidad de volver siniestros los colores cálidos, ambos optan por trabajar con caricaturas extrañas, ambos son habitantes de un reino de pesadillas, de un monstruoso duermevela en que no se sabe si será peor despertar del todo o acabarse de dormir, ambos montan en cada cuadro escenas múltiples, de muchos niveles y de muy distintos planos y dimensiones, donde cada retazo, cada esquina, cada figura es, o puede ser, un cuadro independiente.

Tanto el Bosco como el Pombo pertenecen a una oscura galería de artistas que han resuelto fugarse hacia la comarca de la caricatura ilimitada porque saben que allí el artista no goza de libertad sino, cosa buena, de libertinaje.

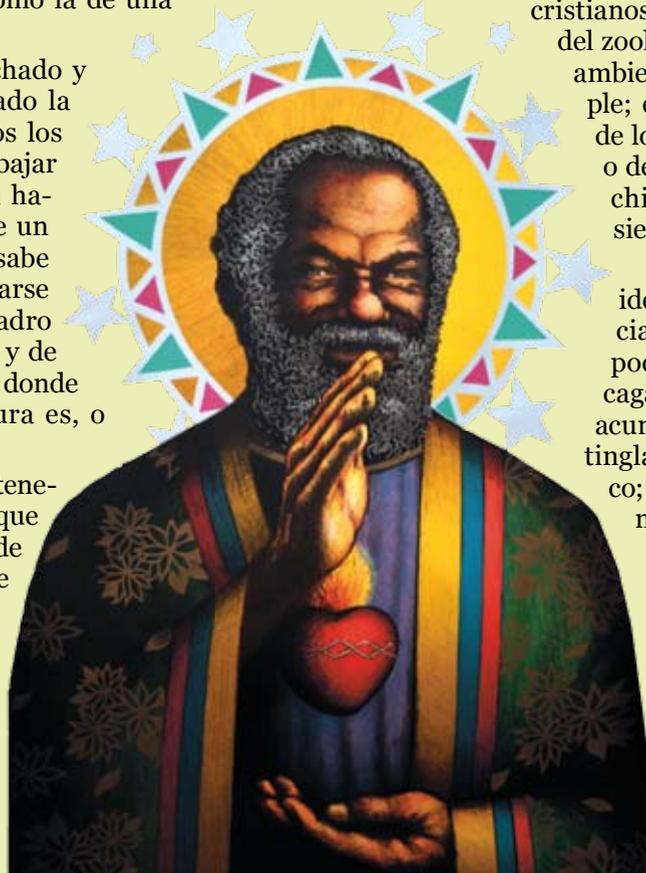
La tradición grotesca, tan cercana al mundo al revés de los carnavales, otorga patentes que no se conceden

en otras oficinas. Son las patentes de corsario que autorizan a transgredir la realidad y raptarla y violarla y acariciarla y volverla a violar, siempre con la sonrisa desdentada en la boca.

Las obsesiones —esta gente no tiene temas sino obsesiones— son comunes: vida, muerte, poder, pecado, vicio, religión, lo profano y lo divino. Son comunes los desaguisados fantásticos, como esos cerdos con traje de monja que andan besando cristianos en el Bosco o las figuras despellejadas del zoológico ilógico del Pombo. Y es común el ambiente, que se define de manera muy simple; el temor, siempre el temor, disfrazado de lo que usted quiera —de jardín delicioso o de rumba en casa de putas, de nave para chiflados o de conjuntos de jazz—, pero siempre el temor.

En unos casos, el Pombo recoge una idea del Bosco, como la insultante presencia del dinero alrededor de la vida y del poder (en el Bosco hay un personaje que caga monedas y en el Pombo un obispo que acuna billetes). En otros, el Pombo forma un tinglado aun más irreverente que el del Bosco; si éste se tomaba libertades con curas y monjas, aquél se las toma, directamente, con los miembros del santoral y del altar de la patria

Los artistas de tradición grotesca no hacen concesiones a sentimientos “bonitos”. Sus rostros son la negación de la belleza convencional, de la dulzura e incluso de la indiferencia; son



Sagrado Corazón de Guerra, 1984



rostros que revelan soberbia, picardía, lascivia, hastío, miedo, dolor y en general, uno o varios pecados capitales. ¿Cómo dejar de notar el parecido entre los extras siniestros que acompañan al Cristo que carga la cruz en el óleo del Bosco y ese quinteto aterrador de La función de estreno en el lienzo de Pombo? A veces el otro refleja al uno como en un espejo: igual pero al revés; el Bosco abunda en detalles profanos que subvierten un ambiente religioso y el Pombo abunda en detalles religiosos que agregan una dimensión sacra o, al menos, mitológica a la escena profana, como aquel Sagrado Corazón que pende del manubrio del ciclista premiado.

El artista grotesco busca traducir lo discordante en categoría estética. Sus cuadros producen, al mismo tiempo, asombro, risa y temor. Diego Pombo con su comparsa de guarichas emplumadas, beatas arrechas, mendigos venidos a más, chachos de salsa, obispos concupiscentes, vírgenes preñadas y saxofonistas trágicos, produce asombro y produce risa. Pero sobre todo, temor. Mucho temor.



Serie zoológico ilógico, 1985



Lalo Borja, quien tomó la foto de Diego Pombo que acompaña éste artículo, nació en Cali en 1949. Inició su periplo por el mundo en 1973, partiendo hacia Toronto, donde se inició como reportero gráfico en el Ontario College of Art. Durante de varias idas y venidas entre Cali y San Francisco, trabajó como profesor de fotografía e inglés. Desde el año 2000, cuando partió hacia el sudeste de Inglaterra, cerca de Canterbury, no ha vuelto a su ciudad natal. Visita en sueños a sus amigos y al barrio San Fernando.

<http://www.lalaborja.co.uk/>